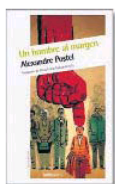




Nombres y animales
Rita Indiana
Periférica. Cáceres, 2013
208 páginas. 17 euros

NARRATIVA. LA DOMINICANA Rita Indiana ha desarrollado una doble carrera; si se inició tempranamente en la escritura (aunque tardó siete años en escribir esta nueva novela después de *Papi*, tiene una imagen pública mucho más destacada como compositora y cantante junto a su grupo Los Misterios. Su música electrónica de raíz tropical y contenidos sociales se une con su activismo político en favor de los haitianos residentes en su país, que se expresa también en *Nombres y animales* a través de un personaje secundario. Pero la novela, claramente superior a la previa, es más bien una novela de iniciación. La protagonista y narradora tiene 15 años, la misma edad que tenía la autora en 1992, año en que se sitúa la acción: último período del Gobierno del sucesor del dictador Trujillo (y su ministro durante años), Joaquín Balaguer, quien retuvo el poder durante 24 años. El contexto sirve para rodear la historia central, un verano iniciático en la vida de una adolescente. Sus padres están de vacaciones lejos, ella se queda con sus tíos y trabaja en la clínica veterinaria del tío Fin, desde donde asiste tanto al descubrimiento de una historia familiar con secretos antiguos y rencores mal administrados (pero sin excesos dramáticos, no es un culebrón, o al menos no a la manera clásica), como a su propio despertar emocional y sexual. La novela tiene un lenguaje vivo, atractivo, con mucho ritmo, y se va armando con lentitud; la súbita aparición de un grupo de personajes parece desviarla del camino y convertirla en una colección de anécdotas, pero luego retoma el hilo y todo cobra sentido cuando se anudan los hilos dispersos. Y si *Papi* dio pie para que le impusieran la etiqueta del realismo mágico, acá, por fortuna, hay poca magia —que desconcierta y distrae— y mucho de realidad: personajes bien desarrollados, una protagonista que hace listas de nombres de animales para lidiar con los pacientes de la clínica y que por ahí se plantea preguntas interesantes, una buena reconstrucción de época, una trama que si bien se tambalea pronto recupera el paso y, sobre todo, un personaje femenino muy bien sostenido por esa mirada adolescente donde el hastío y el asombro, la exaltación y la tristeza, la sensualidad y el pasmo, se suceden en una danza cuyo ritmo nunca aloja. **Rodrigo Pinto**



Un hombre al margen
Alexandre Postel
Traducción de M. Teresa Gallego Urrutia
Nórdica. Madrid, 2014
225 páginas. 19,50 euros

NARRATIVA. “UNA PERSONA que lo desee, tiene la posibilidad de ocultar su vida en una sociedad como la nuestra?”, se pregunta Damien North, el protagonista de esta novela ganadora del Premio Goncourt para primeras novelas. Alexandre Postel, su joven autor, parece creer que no, a juzgar por esta historia sobre un profesor universitario que



Una novela vienesa entrelaza discordias y rencores, bajo una magnífica prosa. Foto: Roger-Viollet

Antes del infortunio

Una novela vienesa
David Vogel
Traducción de Gerardo Lewin
Minúscula. Barcelona, 2014
328 páginas. 22 euros

Por **Francisco Solano**

NARRATIVA. LA SORPRENDENTE recuperación, en 2010, de esta novela, que se hallaba mezclada con otra obra de su autor, parece insinuar un azar providencial en una vida que estuvo marcada por la fatalidad del lugar equivocado. En efecto, David Vogel, nacido en 1891 en Satanov (Podolia, en la actual Ucrania) y muerto probablemente en Auschwitz en 1944, fue un hombre zarandeado por la Historia. Instalado en Viena, con el estallido de la Primera Guerra Mundial es internado como “extranjero enemigo”; en 1925 obtiene el pasaporte austriaco, pero deja Viena por París y emigra a Palestina, donde apenas reside un año; vivió después en Polonia y Berlín, y a su regreso en París los franceses lo arrestan por su condición de ciudadano austriaco al comienzo de la Segunda Guerra Mundial; liberado tras la ocupación alemana, fue luego capturado por los nazis por su origen judío y llevado al exterminio. David Vogel escribió en yidish y en hebreo —una forma de estar en otra parte—, en vida publicó poesía y *Una vida de casado*, novela que aquí editó Anaya & Mario Muchnik en 1994.

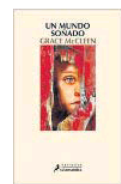
Una novela vienesa tiene la delicadeza y la veracidad de la atmósfera estrechada de viejos protocolos que recoge la obra de Stefan Zweig y Joseph Roth, a la que David Vogel añade una impronta romántica estriada por la lujuria. Las andanzas de Michael Rost, en la Viena anterior a la Primera Guerra Mundial, son las de un joven sin recursos al que las circunstancias se le muestran favorables. Protegido desinteresadamente por un hombre de negocios, alquila una habitación en una casa burguesa en la que será seducido por su patrona. Gertrud lo ampara con su pasión, pero su hija Erna, de 17 años, que al princ-

pio aborrece a Rost por el trato sexual con su madre, terminará también enamorándose de él, y Rost se debatirá entre el rechazo de la mujer madura y el amor por la muchacha. Al parecer, el escritor se valió de su experiencia y escribió la novela, que dejó inconclusa, muy apegada a los hechos. Esto explica acaso el desconcierto que produce la aparición en las últimas páginas de otra mujer, en una escena que se diría posterior a la historia amorosa con Erna. Pero la falta de conclusión poco importa, pues *Una novela vienesa* no solo se acredita por la historia del trío amoroso —que proporciona escenas de un patetismo memorable, como la conversación sobre la fidelidad entre el amante y el marido—, sino por la galería de personajes: el tenor heroico Arnold Kroin; el dramaturgo Marcus Schwartz *¿cuya obra ni siquiera conocían sus amigos?*; Belf Kanfer, que vive gracias al accidente de un dedo a la espera de que Schwartz lo convirtiera en personaje en uno de sus dramas; Misha, el anarquista que interrumpía las charlas de café con la frase “escupo sobre todo esto”, y otros desocupados, bebedores y prostitutas, moviéndose erráticos con la vaga predicción de que permanecer en el mismo lugar es morir, todos “corroídos por un aburrimiento atroz del que no lograban escapar”. En esta nebulosa de destinos, Vogel entrelaza discordias y rencores, sirviéndose de una prosa de magnífica flexibilidad que ilumina las asperezas de una juventud necesitada de placer y subsistencia antes de la aparición de la responsabilidad y el infortunio. La novela transmite el mundo de una ética más difusa que honorable, pero con la impregnación de una ambición estética aún regida por la cortesía. Aquí los engaños, como las controversias y la fraternidad, no alcanzan la violencia, pero ya se adivina una camaradería disolvente, que el adinerado protector del joven Rost formula con cansado escepticismo: “La base fundamental del hombre es el miedo y todos sus esfuerzos se dirigen a distraer su propio ánimo, a esconderse”. •

de repente es acusado de ser un pedófilo enganchado a perversas imágenes de Internet. Filósofo especialista en óptica y Descartes, North es juzgado, condenado y enviado a prisión, y lo peor llega cuando es sometido a un proceso de rebajamiento social que lo sitúa al margen de cualquier signo de pertenencia, de ahí el título, *Un hombre al margen*. Y todo por la aparición de ficheros delatores en su ordenador, ficheros que demuestran su oscura y perseguida adicción a imágenes grabadas con menores. Él nunca se interesó por esas imágenes, jamás pulsó botón alguno que permitiera la apari-

ción en su pantalla. Pero como todo el mundo lo considera un criminal, incluso su propio hermano, que busca signos de abuso en los días que su hija pasó con él, acaba por dudar de sí mismo, de sus inclinaciones, de su mismo pasado ensombrecido por la figura de su abuelo. El tiempo en prisión permite a este personaje kálfiano, convertido de la noche a la mañana en cucaracha culpable, filosofar sobre la locura en que va derivando la vida moderna. Considera, por ejemplo, que el hombre es hoy, a diferencia del animal, “ese que consigue borrar su rastro”, deshaciéndose de basura y demás detri-

tus con metódica obsesión. En cambio, deja un cúmulo de rastros simbólicos o virtuales, desde operaciones bancarias hasta vídeos de aficionados, pasando por páginas web y mensajes de móvil. Esa “pléthora de archivos” serán los despojos arqueológicos del futuro, si es que logran sobrevivir, lo cual es bastante dudoso. La novela pasa del punto de vista del protagonista a otros puntos de vista, desde el comisario que combate el vicio hasta los vecinos de North y sus compañeros de cátedra, lo que quizá puede restarle fuerza. Pero sin embargo acierta en el tono y la estructura narrativa. Sin entrar en la parodia, la obra consigue meternos en la piel de ese hombre acosado, inocente, que pierde su identidad y casi su dignidad. Los episodios en la cárcel están bien descritos y lo que sucede después tiene visos de verosimilitud. Al final, la aceptación del error judicial no es más que otra forma de acoso, aunque a la inversa. Como escribe Postel, dando a su novela un tinte sociológico que es innecesario, “la verdad social y jurídica no es sino una suma de ficciones”. **José Luis de Juan**



Un mundo soñado
Grace McCleen
Traducción de Gemma Rovira Ortega
Salamandra. Barcelona 2013
348 páginas. 19 euros

NARRATIVA. “Y VI QUE TODO era bueno”, dice la niña mientras observa el mundo que está construyendo en su habitación: ríos de papel crepé, el mar es un espejo y las casas son envases de chocolate o un nido de pájaro vacío. Los peces relucientes están hechos de conchas de berberecho. “Me llamo Judith McPherson y tengo 10 años”, dice la niña que observa ese universo que va extendiéndose por el suelo hasta alcanzar las paredes. Los límites del mundo, así se titula la primera novela de Grace McCleen (Gales, 1981), cuya singlatura al inicio parece que solo tenga que ver con aventuras domésticas y amables engarzadas al imaginario de la protagonista, pero lees y sabes que su madre es memoria, que la fe cristiana del padre lo convierte en sectario y que el miedo de Judith se llama Armagedón, ese fin del tiempo del libro del Apocalipsis del que nadie escapa. También el miedo se llama Neil Lewis, un compañero de clase que la acosa convirtiéndolo su vida en un infierno. El plan de la autora: volcar imágenes de una infancia con cielo e infierno y donde son posibles los milagros. Digo milagros, pero puedo decir magia, casualidad o esquizofrenia. Grace McCleen, tuvo una niñez de la que da pinceladas en esta novela, pues también su horizonte tuvo los límites que marcan las fundamentalistas creencias de sus padres. En la novela, la historia discurre enlazando esa sinuosa relación entre los que la asedian y quienes en el otro lado dicen que hay que poner la otra mejilla y no revolverse sino rezar, y está esa voz con la que conversa en la habitación donde la niña se refugia y donde ella hace nevar. ¿Ella hace nevar? Dudas, don, fe, certezas y magia. Dios y el diablo. La autora resuelve el difícil consenso entre la voz de niña que resuena delicada y temerosa (a veces sobreactuada), su impotencia y rabia, ese no querer oír y no desear estar, con la realidad del hostigamiento escolar y el adoctrinamiento religioso. Y sigues con la lectura queriendo saber, pues en la historia prevalece el encanto y la intriga y esa magia de los momentos luminosos como es la habitación donde ella hace crecer la tierra, la tierra prometida, donde crea la nieve y ese paseo de la mano del padre en un día soleado, convencida de que de un momento a otro nevará. **Maria José Obiol**